

Julio Patán



AEP - CDHS
BARCELONA

AGUAS del
ATLANTICO

NOVELA

EDICIONES JUVENILES

Julio PATAN

**LAS AGUAS
DEL
ATLANTICO**



EDICIONES JUVENILES

AEP - CDHS
BARCELONA

EXPLICACION NECESARIA

CON este segundo opúsculo de «Ediciones Juveniles» ensayamos un nuevo género. Al iniciar nuestra labor editorial lo hicimos trazando a grandes rasgos dos biografías, estudiando dos caracteres; prometimos continuarla con una síntesis histórica de la F.I.J.L. y, finalmente, lo que publicamos es una novela. El hecho, por trivial que parezca, merece y debe ser explicado a nuestros lectores. He aquí la explicación que estimamos necesaria:

Las causas que nos han inducido a obrar de este modo son completamente ajenas a nuestra voluntad. Sabido es que para escribir la historia de lo que fuere, son indispensables determinados documentos. Sin ellos difícilmente puede hacerse una narración fidedigna y objetiva. En lo que nos concierne, dichos documentos no hemos podido todavía procurárnoslos y apenas si hemos conseguido establecer algunos contactos con compañeros susceptibles de indicar una pista segura para su obtención. Se trata de un trabajo más árduo, de mayor profundidad y de más largo alcance que lo que en principio habíamos supuesto. De ahí que, sin que renunciemos a llevar a cabo lo que prometimos en el Prólogo de «Vidas cortas pero llenas», ello quede, por ahora, en simple proyecto para ser realizado en el momento que las posibilidades lo permitan.

Sin embargo, este acontecimiento no podía implicar el que la obra de «Ediciones Juveniles», iniciada con incontestable éxito, quedase paralizada. De tal suerte decidimos continuar las ediciones y, aunque con algún retraso, interponiendo entre opúsculo y opúsculo una periodicidad demasiado prolongada, hénos aquí con el segundo. Se trata de una novelita corta, original del compañero Julio PATAN, que no dudamos en decir que ha de gustar a los jóvenes,—a quienes va dirigida—tanto por la amenidad del estilo como por el interés que ha de despertar el tema. Basada sobre realidades vivas y tangibles, que no dejan de plantear áridos problemas, de requerir soluciones congruentes, de poner a prueba la contextura moral de los protagonistas, de situar en forma veraz el origen y alcance de ciertos acontecimientos, es innegable que ella servirá de orientación a las jóvenes generaciones, y podrá ayudarles a resolver los problemas análogos que puedan presentárseles.

El Atlántico es lo que podríamos llamar la escena de esta novela, siendo el motivo, el fondo, una de las odiseas más tristes y punzantes que hubo de correr el pueblo hispano durante el período revolucionario, de guerra civil, que va del 1936 a 1939. Los protagonistas son dos enamorados que lo fueron merced a esa circunstancia. Mas, no divaguemos; es preciso concluir.

Y a guisa de conclusión, diremos que, lo que nos proponemos con éste como con el anterior folleto, más que trazar programas que marquen un término, es sembrar bellos ideales entre la juventud. No nos obsesiona el deseo de alcanzar la meta a corto plazo, pero nos importa mucho, muchísimo, el rumbo que a tal efecto se tome. Nuestra preocupación reside en la forma de colocar la proa, a fin de saber hacia dónde nos dirigimos. Con la edición de «LAS AGUAS DEL ATLANTICO», creemos, sinceramente, servir con fidelidad estos propósitos. Por eso nos hemos decidido a editar esta novelita a la que deseamos la mejor acogida por parte de todos.

EDICIONES JUVENILES

PROLOGO

PROSA descriptiva, sobria y precisa. El asunto, si novela, la que llevamos dentro los hombres de una generación más que atormentada crucificada. La novela que asoma por las ventanas del alma al quemar de ciertas etapas, las más retrospectivas de nuestra vida de desarraigados. Aquella, en fin, en que nos paramos por primera vez, entre abatidos y acojados, a contemplar el camino que quedó atrás.

No todo es caminar pecho adelante, quemar energías, prodigarnos conscientemente o por azar. No nos clavan tampoco en el suelo los sabores de la tragedia ni la compensación que, a veces, trae consigo la lucha por ideales. El dolor, el accidente brusco, violento, a superar nuestra capacidad de resistencia, nos anonada o nos aniquila. El presente, cuanto más movido, menos incita a meditar. Es la caída en el vacío, o el oleaje tempestuoso arrojándonos como fardos contra la orilla desierta, inhóspita, lo que invita a recordar, novelando o no.

El destierro tiene a veces la categoría de un naufragio. O, pasando del autor a su personaje, el más suyo, nos clava también en la tierra, o nos suspende de las nubes el más complejo de nuestros sentimientos: el que tiene en el hombre vibraciones más íntimas, más hondas.

* * *

En todo cuadro hay dos piezas independientes del marco; se trate de relato llano o de artificio imaginativo: las figuras y el fondo. Novela llama el autor al marco. Reparemos en el fondo.

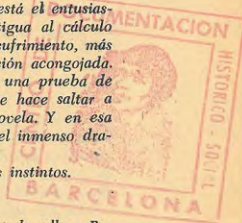
Es el de nuestra guerra revolucionaria. La que nos impusieron y nos impusimos nosotros mismos. La que empezó siendo macho para terminar en algo híbrido. Entre lo mucho a separar, a clasificar, está el entusiasmo al lado de la avidez morbosa; la generosidad contigua al cálculo artero; el heroísmo pared por medio con la cobardía; el sufrimiento, más o menos estoicamente soportado, mezclado con la expiación acojorada.

Hay varios matices de vencidos. Una revolución es una prueba de fuego. La inmensa tragedia de la evacuación del Norte hace saltar a añicos el cuadro escogido por Julio Patán. Rebusa la novela. Y en esa tragedia no se manifiesta más que la mínima porción del inmenso drama, ante el que la pluma se quiebra.

Aludimos a la vuelta del hombre por el fuero de sus instintos.

* * *

El autor clava su pluma, inclemente a veces, en todo ello. ¿Pasión partidista? Es inseparable en todo juez que se llame Parte. En arde de objetividad ampliaríamos que una revolución es algo que



pide, que exige, demasiado de nuestros menguados recursos. Le es dado al hombre desencadenarla; raramente la capacidad de dominarla, encanalarla, fecundarla, hacerla madre en el sentido más excelso de la palabra. O la matamos o nos mata. ¿Victimarios los aprovechados, los mezcquinos, los encanecidos, los nuevos ricos, los autoritarios de nuevo cuño? ¿Por qué no víctimas, también, a su manera?

El amigo Patán rinde tributo a la decisión, a la fe, al entusiasmo, al romanticismo, en suma, que pusieron ambos bandos separados por una línea de fuego, la que dividía en dos, en muchas, a España. El desertor, el desaprensivo, no es más a veces que un pájaro con arrosas de plomo en las alas. Podría escribirse de todas estas aves de vuelo caduco, el siguiente epitafio: «Aquí, sobre este muelle butacón ministerial o policiaco, en aquel olímpico buró de Comité, en el cuarto de banderas de más allá, en la tienda de máscaras y disfraces de la esquina, reposan los restos mortales de los que sucumbieron bajo el peso de sus insuficiencias. Roguemos por sus almas. Amén».

* * *

¡El hombre vuelto por los fueros de sus instintos! Ese ha sido Lorenzo, y tantos Lorenzos como se apretujan después de haberse estrujado en el asalto a la embarcación salvadora. ¿Pánico? ¿Cobardía? No. Naturaleza reclama lo suyo. Un grito desgarrado de la especie. Eso es el instinto de conservación: especie pura y cristalina.

Hay dos vidas en nosotros. La que vivimos como individuos y la que vive la especie a través de nosotros. Ontogenia y filogenia. He aquí el verbo.

El hombre actual, el «homo sapiens», el de la edad de piedra y el de la época atómica, no es más que un boceto de hombre. La civilización es una capa de barniz. A la menor abolladura salta el troglodita. La especie es también un ser. Un ser supremo. Los hombres, todos los hombres, formamos la inmensa y prolíja granulación celular de ese superorganismo, que tiene sus leyes, su anatomía y fisiología propias. Psicología de la historia, vida de la humanidad, progreso o regresión, no son más que manifestaciones y reacciones de la especie. Aludimos a ella, inconscientemente, «instintivamente», con todas estas palabras simbólicas.

Por cada Tejero que se suicida, por convincente que sea la causa de su extrema determinación, hay miles de lapas pegadas a la roca de la vida. A lo sumo se suicida el hombre, simple célula; un pueblo nunca se suicida. Y a veces el suicidio es un deseo alocado de vivir. O lo que es lo mismo, una evasión del dolor insoportable. Se mata también ¡sarcastica paradoja! para vivir, que es otra forma de suicidarse.

En los frentes de España, entre trincheras y trincheras, batidos por mortíferos fuegos cruzados, aldeas, villorrios, pueblos, eran convertidos en montón informe de escombros. Pero sus habitantes, negándose a ser evacuados, vegetaban entre los materiales de demolición. Niños, ancia-

nos y mujeres, al abrigo de la edad militar y de sus lecas, los dos extremos de una generación y la matriz generadora, replegados en sí mismos, ofrecían una tenaz resistencia a la muerte.

La vida acentúa su ritmo con el de la catástrofe. La repoblación se sincroniza con la destrucción. Filosóficamente observados, la relajación y el libertinaje que siguen y acompañan a la guerra, cumplen su misión biológica. Un misterioso mecanismo cubre las bajas en los efectivos humanos con mayor precisión que los generales cubren las que sufren los soldados de primera línea con movilizaciones y reemplazos.

Julio Patán nos muestra que contiguo a la espeluznante tragedia, cuando parece que el firmamento cruje y se desploma sobre sus criaturas, cuando éstas, al parecer, no tienen más opción que resignarse fatalmente a la muerte, el instinto de conservación continúa, más que despierto, sobresaltado, sobreexcitado. Tejero, cede voluntariamente al sobresalto de tener que morir con la muerte voluntaria. Mientras que, a pocos pasos, sin apercibirse apenas del gesto numantino solitario, se rinde homenaje a la vida mediante el acto más inconsciente pero más catagórico. Lo expresa muy bien el autor: «La vida no se detenia».

Tejero hace malo aquello tan español: «Nadie se muere la vispera».

* * *

Desde el declive del romanticismo literario exigimos la subordinación de la fantasía al relato vivo con personajes de carne y hueso moviéndose en la salsa de su propio ambiente. La obra literaria de Zola fué, y sigue siendo, una de las más discutidas. No se discute a un autor por acaso, aunque por capricho más o menos, movidos por resentimientos y rivalidades de campanario, la discutieran resentidos que dábanse por lesionados en sus prejuicios morales, sociales y políticos. Sus antagonistas de hoy empiezan a situar el naturalismo literario en su época: una época de euforia positivista, analítica, científica.

La literatura naturalista—hoy realista—es un producto más de aquella aurora boreal eufórica. Los enunciados abstractos habían caído en descrédito. En literatura se recelaba de los artificios imaginativos, de los personajes y ambientes sin correspondencia con la verdad objetiva. Se repudiaban los argumentos o tramas amanerados, más o menos «inspirados» y siempre relamidos. Todo lo pasado era mejor.

Reinaba un menosprecio absoluto por el presente que quería ser una evasión consentida de la prosaica realidad. El escritor buscaba abstraerse del vivir cotidiano que juzgaba demasiado vulgar y carente de interés narrativo y hasta indigno de él. Una especie de pedantería disimulada le llevaba de la mano hacia la poderosa seducción clásica.

La del naturalismo literario es la gran época de los sistemas y de lo sistemático o experimental. El siglo de oro del positivismo. Los escritores de esta escuela no se consideraban degradados por la contaminación materialista, ni aprensivos al manipular los motivos del vivir cotidiano. Rompieron con el tabú realista, y afrontando el asco, revolviendo el fango y la basura de la sociedad burguesa, fundaron una no-

vela enraizada en la tierra madre. Y apareció en esa novela el tema social, la boca negra de la mina, el urbanismo no palaciego, el campo sin celajes bucólicos, los personajes sin goma ni almidón.

En la demolición hubo indudablemente excesos de celo. Hoy, la sobreestimación lateral de lo innoble y sórdido, de la sensualidad erótica, la ausencia de ironía sana y de humor higiénico, va encontrando su poder moderador. A cada época lo suyo. Pero el naturalismo en novela ha dejado un profundo surco en la literatura contemporánea. El poema tiene su república aparte. La fantasía sistemática y expansionista, invasora, su cementerio privado.

* * *

Julio Patán sigue huellas naturalistas. El último capítulo de su narración es, a nuestro entender, al más logrado. Constituye todo él un aguafuerte sentimental con el consiguiente contraste: Flor. El autor parece susurrarle: «¡Mujer, mujer, qué poco te conocemos! ¡Pero te conoces acaso a ti misma? Esfinge sin secreto, al decir de los desespeados, concentras en ti todas las fuerzas misteriosas de la naturaleza. Eres la más fiel guardiana de la especie por ser la más cercana a ella. Nuestra incompreensión de tu compleja psicología consiste en esto. Te hallamos siempre en todas las encrucijadas de la trascendental función del amor y de la reproducción. Nuestro idealismo de hombres, nuestro quiotismo, se abate constantemente contra tu espíritu conservador, que es tu profunda misión biológica».

Flor, es el canto de sirena que cautiva y aprisiona a Lorenzo «para que la vida no se detenga». Después, la mujer, Flor en el caso, no espera. La fatalidad o la vacilación extravían a Lorenzo del camino de su Dulcinea. La mujer, la especie, Flor, no espera. Cumple su misión con el primer llegado.

* * *

Y acabamos insistiendo en una vieja, si se quiere, manía nuestra. Hay un campo inexplorado de la novela. Si se nos permite el eufemismo diremos que el nuestro: el campo social-revolucionario español. Pocos han transitado este campo. Algunos diletantes lo hollaron: Baroja y Sender. El primero, con su pecado, con sus muchos pecados, purga la peor penitencia: la del olvido y el desprecio. Sender, autor de «Viaje a la aldea del crimen» (Casas Viejas) y de «Siete domingos rojos», es también autor de «Contraataque», narración abyecta, calumniosa, dictada por Moscú.

El anarco-sindicalismo español, el movimiento anarquista ibérico, constituye, con sus episodios incandescentes, con sus figuras de fuego, una fuente de inspiración virgen para la escuela literaria moderna. Ahí está el ambiente, ahí están los hechos, ahí están los hombres. Falta solamente la pluma maestra y el ojo penetrante para que la obra poderosa, impresionante, surja.

José PEIRATS

REP - CDHS
BARCELONA

EL, sintió una mano crispada que se aferró a su brazo derecho y una voz de mujer que dijo suplicante:

—¡Por favor, déjeme a su lado!

No dijo nada. Aquella mujer temblaba de pánico. Había muchas mujeres a bordo. Como todos, también huían de la barbarie. No querían quedarse allí a presenciar la entrada triunfal de las tropas mercenarias. Era preferible entregarse a la aventura y a los riesgos del mar; ir a cualquier parte, esconderse no importa dónde...

Tambaleándose, pasaron por entre la gente que se apiñaba en la cubierta del buque, acercándose a la cabina del timonel. Zumbaba el motor. El barco, con ligero cabeceo, se fué alejando del puerto. La noche era fría. En el cielo había parpadeo de estrellas.

Gijón quedaba atrás envuelto en la noche de un octubre terrible. De madrugada, la horda entraría ebria de sangre y despuntaría un día sombrío y sin alma, un día negro de instintos sin freno, un día sin sol, estremecido por el galope del caballo de Atila y el grito insatisfecho de la horda.

Bueno; pero, ¿qué hora era? ¿Las dos de la mañana? ¡Las dos de la mañana!... Tardaban en pasar las horas. Cuando llegara el día, aquel barco habría navegado muchas millas. Entonces, tal vez estarían salvados o, posiblemente, prisioneros del «Cervera». Pero, ¿por qué se navegaba casi rozando la costa?...

—¡Eh, tú!... ¿Dónde nos llevas? ¿Quieres entregarnos a los **fachas**?—dijo en alta voz uno de los fugitivos.

El piloto no respondió.

Otro de los que se agrupaban en torno a la cabina, persuadió a todos de que el rumbo era bueno; no había por qué desconfiar.

—El piloto, ¿es de los nuestros?—preguntó con ansiedad un segundo.

Pues claro que sí. No iba a dirigir el barco un falangista. Era necesario dominar un poco los nervios. El piloto quería costear durante un buen rato para burlar a los barcos enemigos. Lo primordial era salir de la zona peligrosa. El «Chulo» del Cantábrico no debía encontrarse muy lejos; el enemigo quería impedir una probable evacuación del ejército republicano. Bien sabían que Gijón estaba a punto de caer.

Ahora se tranquilizó. Ella se cogió más fuerte a su brazo. Le castañeteaban los dientes y volvió a repetirse temblando:

—¡Por favor, déjeme a su lado!

Baje a la bodega, mujer. Aquí hace frío—respondió él.

El barco, bruscamente, viró a babor y tomó rumbo norte.

Trece horas llevaban navegando.

Crujía el barco; olía mal en la bodega. Arriba se respiraba mejor. Tranquilo estaba el mar. Perezosos, algunos milicianos ganaron la escotilla y, lentamente, casi todas las personas, abandonaron la bodega para ir a cambiar impresiones en la cubierta del «Cervantes». Mujeres y hombres, civiles y militares, sentíanse optimistas y llenos de esperanza de aquella aventura forzada. Pasaban los momentos de pánico. Los rostros sucios y ennegrecidos, antes sombríos, iban adquiriendo ahora otra expresión. Marchaba a toda máquina aquel magnífico «costero». Dos noches más, o quizás tres, y surcaría victorioso aguas francesas. Porque, ávida de mar, la proa del «Cervantes» apuntaba a la costa gala...

Sonefían aglomerados en cubierta los fugitivos del Norte. Cabalgaba aquella sonrisa, eso sí, sobre un Rocinante trágico. Y en cada corazón se desarrollaba un drama íntimo, inconfesable. Bilbao, Santander y por último Gijón... Una evacuación o una huida precipitada; una desbandada. Salir o perecer. Hundirse en el océano o morir en la montaña antes de una entrega terrible. Lanchas pesqueras en el mar; hombres internándose en los picachos de los montes. Pero se encontraban allí, agarrados a aquella tabla de salvación y no se podía modificar el curso de los acontecimientos. La odisea no había terminado. Tal vez en esos instantes, el «Cervera», aquel a quien llamaran el «chulo» del Cantábrico, encontrábase lejos ensañándose en la presa de alguna lancha fugitiva, examinándola prisionera hacia la costa de Galicia la mártir. La horda sedienta se frotaría las manos: aún quedaban hombres para torturar y asesinar.

Entre tanto, la nave, marinera y fugitiva, seguía su rumbo entre canciones de olas, resplandeciente de sol.

De nuevo, él, volvió a la bodega agotado de fatiga se dejó caer sobre los fardos de cañamo, al lado de ella. ¿Qué mundo secreto agitábase dentro de esa sensible criatura sacudida por el vendaval de la guerra civil? La miró con ojos distraídos y se puso a pensar. Unas horas antes no pensaba; había experimentado un vacío inmenso, como si el motor de su alma se hubiese parado. Él, no la veía. Sólo sentía su lenta y profunda respiración. Y su sueño feliz. Que duerma. Que olvide. Un puerto de mar extranjero y luego despertar. Abrir los ojos sin tormentas interiores y saludar con júbilo el comienzo de un nuevo día sin ronroneos de motor y sin explosiones. Un día sin guerra y sin ruido. Tenderse sobre la arena de una playa lejana con veleros y gaviotas inmóviles en un mar también inmóvil; cerrar los ojos y sentir la caricia eterna del sol.

Habían transcurrido quince meses de lucha agitada, de fo inequebrantable en las radiantes jornadas del 19 de Julio, iluminadas por un sol estival. Ahora, súbitamente, sin saber por qué, en marcha retrospectiva, caminaba bajo el fuego de los rayos solares, en un claro día de verano. Quemaba el sol en aquel Julio de 1936. Desde lo alto de los campanarios, las fuerzas más negras y retrógadas de España, disparaban sus fusiles contra el pueblo indefenso. Ciudades y aldeas se levantaban al unísono, movidos por un mismo clamor, por una misma aspiración de libertad, sacudiendo siglos de esclavitud. Estaba desencadenado el pueblo y la juventud habíase dado cita en la calle, en las barricadas. Era así que, aquella rebeldía del hombre o del individuo esquilado, humillado, tiranizado, explotado, parecía como si se hubiese ido transmitiendo de una generación a otra, acumulado en lo más íntimo de cada ser y en constante fermentación. Después, llegaba un día en que ese deseo íntimo, ese anhelo de libertad que vivía en la mayoría de los hombres, ese sentimiento de rebeldía reprimido por siglos de opresión, necesitaba un escape, una salida fecunda. Entonces, fundiase el alma popular y, algo así como por medio de una intuición colectiva, el pueblo se abrazaba defendiéndose contra un enemigo que encarnaba la injusticia social y, acometiendo a su vez, echaba a rodar con empuje arrollador un mundo de miseria y esclavitud, dando rienda suelta a su rebelión instintiva... Por ésto, se explicaban ciertos fenómenos de la revuelta, algunos hechos lamentables de la revolución, que no se podían defender, pero que también eran difíciles de impedir.

Jornadas de Julio... Motines en los cuarteles y disparos desde los templos del Señor. Polvo en las carreteras y, muy alto, en el cielo, un ojo incandescente. Aldeas y ciudades en pie al grito de liberación; la tempestad social desencadenada. Llena de sol, la juventud, va en vanguardia. La marcha del tiempo y una era abierta al mundo inquieto; la de las grandes realizaciones sociales... Aún vencidos, éstas, dejarían su huella imperecedera. Nadie las borraría de la historia de un pueblo indómito. Y, en el vientre del buque, con los ojos mirando hacia el cerebro, decaíase así mismo, que no todo estaba terminado. Nó, no lo estaba.

Unas horas antes, él, sentíase vacío, sin ideas fijas, sin norte; un hombre a la deriva, vencido. Era verdad. El propio instinto de conservación le había conducido hasta aquel barco inespereado. Después, se abandonó al azar, abrumado por una situación de pánico colectivo, anquilosado y sin voluntad. Y sin embargo, ahora que se recobraba y que renacía en él la esperanza, sentía el aguijoneo del remordimiento. Hubiera querido afrontar el peligro; porque él, «debía haber quedado allí», corriendo la misma suerte que todos. En aquellos momentos, en las montañas, en los puertos y las aldeas asturianas, al igual que en el resto de España, aún se gastaba el último cartucho combatiendo por la libertad. Y una voz interior le hacía un reproche moral, contra el cual no osaba defenderse.

En el atardecer del día anterior dejaba Mieres, para llegar

ya muy avanzada la noche, a Gijón. Esta ciudad ofrecía un espectáculo triste. Por la tarde, la flamante aviación alemana nazi, había bombardeado el puerto y ensañado cruelmente contra la población gijonesa. Sumida ahora en la obscuridad, las personas pasaban nerviosas, mudas, escurridizas, deslizándose por las calles con misterio. Tomó una calle adyacente al puerto y ya en éste, se encontró frente a un barco anclado, con un enorme gentío en cubierta que se agitaba y protestaba de no sé qué. Otros, desde tierra, pedían subir a bordo. Era el «Mari-Elena». Por los comentarios pudo averiguar que se trataba de un buque casi a punto de zarpar y que en él se hallaban un buen número de enfermos y heridos de guerra.

Los momentos eran difíciles. Nada había que esperar. Por el lado de la costa, las fuerzas enemigas avanzaban sin que se les opusiera una seria resistencia; los frentes podían considerarse rotos con la caída de Gijón. Sólo quedaban unas horas para sucumbir Asturias. Se hablaba de una evacuación protegida por barcos ingleses... Se decían muchas cosas. Pero el Consejo de Asturias y León había huido al anochecer. Otras embarcaciones hacíanse a la mar. El cañón enemigo tronaba a pocos kilómetros de la capital. La hora de la desmoralización empezaba...

Se alejó del «Mari-Elena», internándose en el muelle al azar. Vió unos bultos en la obscuridad que se movían y después, un grupo de hombres que discutían acaloradamente. «¡Ayudad a las mujeres!»—dijo una voz. Empezaron a descender por la escalera de hierro y él se agregó al grupo. Unos instantes después se encontraba en un barco que se balanceaba a lo largo del muro. «¿Queda alguien más?». No, nadie... Sólo la noche fría y el embate de las olas. Un cielo tachonado de estrellas. Partir. El motor se puso en marcha y abandonaron el puerto. Fuego y humo se elevaba de los depósitos de la C.A.M.P.S.A. Se alejaban...

x x x

—¡Por favor déjeme a su lado!

¿Cómo temblaba aquella mujer!... Aún seguía durmiendo profundamente. Cuando despertara, la zozobra de la noche habría desaparecido. Encontraría un día espléndido. Porque las cosas parecía que no iban del todo mal. Al decir del piloto, dos noches más y el «Cervantes» echaría el ancla en aguas francesas. Quien no llegaría a Francia sería Emilio Tejero, un combatiente del batallón de Carrocera, tres veces herido en el frente y aún no restablecido de las últimas heridas. Para Tejero, las horas no contaban. Ya no podía sonreír...

Le dieron la dolorosa noticia cuando, hacía las diez de la mañana, subió a cubierta para conocer la situación del buque. El hecho sucedió de forma inesperada. Un barco mercante hizo su aparición y alguien corrió el grito de alarma tomándolo por un barco enemigo. Una buena parte de los evadidos se apresuró a romper documentos comprometedores y a arrojar armas al

mar. Un tripulante del «Cervantes», invitó a la calma diciendo que aquél no era un barco enemigo, sino que simplemente se trataba de un barco mercante inglés. Pero cundió el pánico y la desmoralización. Luego, se oyó una detonación: Tejero se había suicidado. Y ante la mirada de todos los presentes, su cuerpo se desplomaba, cayendo pesadamente al agua.

El suicidio de Tejero ponía fin a la desmoralización. Hubo como una escena muda de odio hacia el enemigo invisible y todo el mundo quedó erguido, los puños crispados; pasó muy cerca el mercante inglés. Se alejó. La juventud de Tejero en el fondo del mar. Tejero no quiso las alas cortadas y, creyendo que era el enemigo, antes de entregarse, quiso hundirse eternamente en las aguas del océano.

¿Debería hablarle del suicidio de Tejero? No. El no diría nada de aquél joven que tuvo miedo de vivir atado. Había un largo camino a recorrer en la lucha; la vida no se detenía. Seguía su rumbo como el «Cervantes»...

Ella se despertó, pesada la cabeza, restregándose los ojos y abriéndolos desmesuradamente como si no acertara a comprender donde se hallaba. Luego, torpe, se incorporó y permaneció sentada sobre el fardo que le servía de colchón.

—¿Dormiste bien?—le preguntó él.

—De un tirón; así, el peligro no se siente. ¡Ah, me encuentro rendida—respondió ella— y levantando las manos, comenzó a arreglarse los cabellos.

Una pausa y, luego, añadió con laxitud:

—¡Marcha todo bien?

—El peligro de ser apresados creo que ha pasado. Nos encontramos a muchas millas de la costa española. Desde luego, perdimos mucho tiempo. El piloto ha cambiado de rumbo varias veces hasta salir de la zona considerada peligrosa. Pero el «Cervantes» es una joya de la navegación costera... Construído en los astilleros de Bilbao. ¿Oyes el motor?... Marcha con aceite pesado; un mercante de poco tonelaje pero ligero... Dos noches más y acostaremos en un puerto francés. La situación no es grave. Oye, ¿cómo te llamas?

—Flor, ¿y tú?...

—Yo, Lorenzo...

Callaron. A través de la escotilla veían un pedazo de cielo azul. Lorenzo, echado, se despezó; hurgó con una mano en el bolsillo del pantalón sacando un cigarrillo y luego lo encendió. Después, agregó:

—¿Te gusta mirarlo?

—¿A quién?...

Lorenzo hizo un ligero movimiento de cabeza mirando hacia la escotilla y respondió:

—Al cielo. Hace meses que perdí el gusto de mirar... ¿No tienes hambre, Flor? Hace más de trece horas que navegamos.

No. Me siento algo mareada; es la primera vez que viajo por mar.

—Eso no es nada. Un poquito de jaqueca. Oye, creo que es el mes de octubre...

—De 1937—dijo sonriendo Flor.

—¿A veintinueve, o veintidós?...

—Pues... tampoco lo podría decir con exactitud.

Los dos, inconscientes, se pusieron a reír.

—Perdemos—dijo Lorenzo—la memoria. Pero aún nos queda la risa. Y eso que, las cosas, no están para reír...

—Tienes razón... Y sobre todo, anoche.

—Sí, fué un trago amargo. ¿Vivías en Gijón?.

—Desde hace diez meses trabajaba en unos talleres militares.

—¿Militares?

—De confección de ropas para los milicianos.

—¡Ah, bueno!... Y...

—¿Qué?

—¿Cogiste el barco casualmente?

—Estaba informada de cuando iba a salir; hacia las once de la noche un amigo me acompañó al muelle. El también tenía que haber cogido este barco...

—Pero entonces...

—Cuando estábamos en el puerto me dijo que había olvidado algo muy importante que no quería dejar por nada del mundo. Me rogó que estuviera allí al lado del barco hasta su regreso, sin moverme. Después, al ausentarse, me recomendó que si por «cualquiera cosa» no llegaba a tiempo, que me fuese con todos... Y así lo hice. No comprendo lo que le pudo pasar.

—Posiblemente saldría en alguna otra embarcación.

—Eso creo yo.

Lorenzo se llevó el cigarrillo a los labios que aspiró con fruición y lanzó una bocanada de humo. Esto le hizo toser y apagó el cigarrillo contra la funda de la pistola. Dejando aparte lo del amigo del puerto, explicó a Flor que tenía mal gusto de boca; el humo hablale mareado. Además, hacía dos días que no probaba bocado. Empezaba a tener un hambre atroz. Ahora comería un trozo de aquel pan negro, pastoso, que daban en las trincheras. O un plato de aquellas lentejas que miraba con tanto respeto, los dientes apretados, y que a veces tiraba porque le producían náuseas. Lorenzo volvió a toser. Después, reanudó la conversación diciendo:

—No puedo fumar. Me hace mal el tabaco. Pero tengo una **gazaza** terrible, ¿sabes?, terrible. Ahora me comería un plato de lentejas... Las comimos en nuestro batallón durante diez meses consecutivos. Eran unas lentejas redondas, gruesas, parduscas; tenían un gusto raro. Cuando las metía en la boca cerraba los ojos para hacerlas pasar. Nunca se lo perdonaré a la No-Intervención... ¿Has comido muchas, Flor? Tengo un tío especializado en las leguminosas que me aconsejaba siempre comer lentejas. Al parecer, tienen mucho hierro...

—Tal vez exageras... ¿Diez meses comiendo lentejas?

—Para comer y cenar. Y..., viceversa.

—¡Ja, ja, ja!

—Puedes creer lo que te digo. No miento.

—Lo sé que no mientes.

—¿Y por qué te ries?

—Porque me hace gracia...

—¿Yo, o las lentejas?

—Las dos cosas...

—Oye, decías antes que es la primera vez que viajas por mar. A mí me ocurre igual pero no estoy mareado. Es este vacío que siento aquí en el estómago el que no me deja tranquilo... Tengo los labios secos; a fuerza de hablar de las lentejas las he tomado cariño y me comería un buen plato de ellas...

—¡Ah, que tonta!... Me parece que en el maletín traigo algo; ayer, antes de partir; la familia donde me hospedaba me preparó un bocadillo. El único pan que quedaba en casa, me lo dieron a mí—y Flor comenzó a buscar alrededor de ella, palpando a un lado y otro.

—¿Un bocadillo?

Ella tomó un envuelto, tiró el papel y tendiéndole el **sandwich** le dijo a Lorenzo en tono confidencial:

—Toma, cómelo y que no te vean...

—Tienes razón no está bien. Aún puedo tirar unas horas más; son muchos los que no han comido. Allí en el fondo hay alguien que ronca... También veo dos o tres personas tendidas sobre los fardos. Déjalo...

—Vaya, cógelo, no seas tonto. Para todos no habría bastante y para uno solo, tal vez sea una solución, ¿eh?...

—Gracias—y tomando el bocadillo, Lorenzo comenzó a engullirlo, mirando a izquierda y derecha de la bodega.

Con la boca llena agregó:

—Perdona, Flor. En la guerra no cuentan mucho las reglas de urbanidad. Todo se pierde. Hasta la sensibilidad... Claro que no todo el mundo la pierde. Esa familia, por ejemplo, te dió lo que poseía, Flor; el único pedazo de pan que les quedaba en casa. ¿No es digno de admiración?... Quedan infinidad de corazones sensibles, no indiferentes al sufrimiento ajeno. Pero ésto dicho en una situación donde el hambre me hace comer como un desesperado, carece totalmente de incentivos... ¿No es verdad? Una vez, en la cárcel, para protestar de los malos tratos, los reclusos declaramos la huelga del hambre, huelga que ganamos. Al cuarto día me llevaron a la enfermería; tenía la misma fiebre que ahora...

—¿En la cárcel?—preguntó con cierta curiosidad Flor, interrumpiéndole.

—Sí, en Santocildes; un cuartel militar, allá en Astorga, donde parece ser que hay más curas que civiles. Fué en 1935.

Estábamos reclusos unos dos mil hombres; todos los días entraba gente apaleada, deshecha. Eran los magníficos tiempos de los jueces militares y de los consejos de guerra; era también el presagio de la España negra... ¿Tienes familia?

—Sí, en zona facciosa.

—¿De qué parte eres?

—Soy valderense.

—¿Valderense?

—Sí, de Valderas, en la provincia de León.

—¡Ah, de Valderas!...

—¡Que coincidencia! Pues eran paisanos. Ahora que él había nacido en una aldea situada al norte de la provincia. Bueno, no estaba siquiera en el mapa... Desde muy joven trabajaba en las minas. La sublevación había sorprendido en Fabero. ¿Nunca había oído hablar de Febero? Allí, una vez, los mineros declararon el comunismo libertario. Luego vino octubre del 34 y el gobierno Lerroux—Gil Robles envió las tropas contra los trabajadores. La represión era dura; la Benemérita apaleaba en los cuarteles con sadismo. El cayó preso. Tenía entonces veinte años. Y fue en la cárcel donde conoció unos campesinos de Valderas, entre los que se encontraba el alcalde; todos eran jóvenes idealistas de gran avanzada social. Valderas era un pueblo rebelde y de vanguardia...

Después de haber comido el emparedado, Lorenzo encendió el cigarrillo que antes apagó contra la funda de la pistola. Un poco más animado preguntó a Flor a quemarropa:

—¿A dónde perteneces?

—No te comprendo.

—Mujer, he querido decir... Francamente, no sé como expresarme. Se tienen ciertas ideas... Por ejemplo, tú estás en este barco por alguna razón; huyes con nosotros. Y los que vamos aquí creo que todos tenemos nuestras opiniones; en su mayoría, unos pertenecen a la U.G.T. y otros, a la C.N.T. En Asturias estas dos sindicales fueron las que más lucharon combatiendo y haciendo frente al fascismo.

Flor quedó pensativa y alzando los hombros respondió:

—No, yo no pertenezco a ninguna sindical ni a ningún partido político. Antes de la guerra civil mi vida era la de una muchacha pueblerina que leía mucho y que dejaba pasar los días con tedio, contemplando aquella tierra descolorida, agrietada. Luego, vino Julio con su sol y sus agitaciones sociales a romper mi quietud; se rasgó esta como un velo que envolvía mi cerebro y ante mí se abrió una nueva vida. Es algo inexplicable, pero pareció que despertaba de un sueño, que las cosas eran más vivas, más claras, más reales, algo así, cómo un nuevo sentido... Y desde aquel día, fui otra...

Como tener ideas, claro que las tenía. Ella, inconscientemente, se vió envuelta en aquellas luchas y simpatizó con el pueblo y con la libertad. A los tres días de la sublevación mili-

tar la Guardia Civil detuvo a su hermano que pertenecía al sindicato de campesinos. Luego, vinieron los falangistas, saquearon su casa y maltrataron a su padre. A ella le preguntaron: «¿Dónde tiene tu hermano escondidas las armas?». «Armas? ¡Qué disparate! En su casa, no había nada de eso. Entonces, uno de aquellos señoritos le dijo: «Mala p...», y la abofeteó. ¡Qué asco sintió! ¡Qué asco! ¡Y no poder decir nada!... Lloró, lloró mucho de rabia. A su padre se lo llevaron, pero como el pobre no se había metido en nada le dejaron en libertad. Y al día siguiente se enteró que a dos muchachas—de veinte años, de su edad—porque habían llevado la bandera de la República el último aniversario del 14 de Abril, los falangistas habíanles cortado el pelo y dado a beber aceite de ricino... Ella, no llevó la bandera pero volvió a sentir rabia y a llorar. No quería quedarse allí. Aquella bofetada había herido su sensibilidad de mujer. Aún le quemaba en la mejilla. La verdad, tuvo también miedo... Y se abrazó a su padre. Y partió campo atravesando pisando la tierra seca y dura. Hizo marchas forzadas; durmió en la noche sobre la hierba, se alimentó de frutas y continuó marchando, marchando... Una mañana, en la carretera, paró a una camioneta; y como era mujer, el chófer se apiadó de ella y la llevó hasta León, donde encontró refugio en casa de unos amigos de su hermano. Pero en esta ciudad—«Oh, Señor!»—el instinto morboso del señoritismo español también se cebaba rapuloso, cayendo sobre nuevas víctimas. Porque todo el mundo hablaba de aquella joven socialista leonesa, víctima de unos chulos degenerados. Sobre su joven cuerpo, se habían ensañado los sádicos, violándola. Después, le cortaron los senos y, acribillándola a balazos, la arrojaron a la cuneta de la carretera al lado del montón, donde yacían infinidad de víctimas... Tampoco quiso quedarse allí. Su alma estaba demasiado torturada. Por la radio oía diariamente como se desenvolvía la lucha en el Norte. Y con otros que quisieron caminar buscando las tierras de libertad, dejando aquellas otras minadas por la pasión del crimen, salieron una noche andando, hasta llegar a la montaña. Al despuntar el día, encontraron las líneas de los rojos». Era en agosto. El cielo tenía un azul tan puro como aquel pedazo que ahora veía a través de la escotilla. Antes le preguntó si le gustaba mirarlo. Sí, pero ahora como entonces, no podía...

—En noches interminables—agregó Flor con amargura—, he despertado con el corazón oprimido de sueños horribles que me causaron espanto. Y en esos sueños, siempre ví jovencitas con el pelo cortado al rape, y sin senos, acribilladas a balazos y tiradas por las cunetas de todas las carreteras de España. Y desde entonces tuve miedo y he temblado. Hasta dejé de ser una chica alegre...

Ahogada por la emoción. Flor se detuvo, escondiendo unas lágrimas. Lorenzo, enternecido, dijo:

—Eres grande y sensible de alma. No debí hacerte recordar cosas tristes en unos momentos tan críticos como los presentes. Perdóname...

—No tiene importancia. En estas horas difíciles he vivido, en

ARP - CHHS
BARCELONA

unos minutos, toda una vida. Es curioso: hasta los más pequeños detalles de mi infancia han desfilado por mi mente con velocidad fantástica.

Flor quedó pensativa y como obsesionada por algún recuerdo; bruscamente añadió:

—Sí, todo es curioso. Anoche mismo, sin ver tu cara, sin conocerte siquiera, me agarré a tí como pude hacerlo a otro hombre. Tú me dabas fuerza; los hombres sois otra cosa... Porque lo de anoche, ¿sabes?, lo de anoche, no fué intencionado. No sé como pudo ocurrir. Es la primera vez que me doy... y... en circunstancia muy especial... ¿Me juzgas mal, Lorenzo?

—No, Flor. Levanta la cabeza. Eso carece de importancia. Te considero digna; ha sido un accidente...

—Yo sé que cometí un acto ajeno a mi conciencia.

—¿Ajeno a tu conciencia, dices?

—Sí. Me faltó voluntad... Fué un fenómeno extraño.

—Te agobia esa especie de responsabilidad moral y no son momentos oportunos de medirla. Hay ciertos actos en la vida que debieran, a mi juicio, considerarse independientes de la palabrilla que acabo de nombrar.

—¿Independientes de qué?...

—De la moral. Ciertos actos que se realizan en la vida los aceptamos, al menos teóricamente, como una necesidad o función de la vida misma. Desde el punto de vista biológico no pueden calificarse de inmorales; me refiero, concretamente, al acto amoroso. Ahora que, para muchas gentes, la moral sólo reside en el sexo...

—¿Es qué tú no admites también una conducta en el amor?

—Es cosa que no me molesta, Flor. Pero, ¿por qué nos escandalizamos hablando a media voz y con malicia del acto sexual, como si se tratase de algo indigno o perverso, cuando sabemos que todos los seres lo practican? Es ese sentimiento hipócrita y morboso de las personas el que me produce... ¿cómo te diré yo...?

—¿Lástima?...

—Quizás, aunque no es la palabra que quise expresar. Además, es mejor callar. No son momentos de ponerse triste ni de filosofar dentro de la bodega de un barco. ¿No te parece?... Si esta conversación tuya y mía se escribiese un día y alguien la leyere, diríase que era pura imaginación, novela. Y sin embargo...

—Es real, de una realidad angustiosa.

—Pero extemporánea para los que no vivan estos minutos. ¡Si vieras lo que aprendí en tres días!... ¡Bah!, fuera penas; como un Lázaro íntimo, hagamos resucitar la alegría. ¿Quieres ser joven?

—¿Y cómo se es joven?—preguntó Flor con una sonrisa forzada.

—Sintiendo en nuestro corazón la primavera de la vida y sonriendo optimistas... ¿Qué tal, me salió bien?—y Lorenzo lanzó la colilla del cigarrillo.

—Así, así... ¿Eres sincero? Bueno, no volvamos a las mismas. ¿Se calmó la **gazuza**, como tú dices?

—Tal vez viene de ahí el optimismo... En todo caso, el bocado sabía a poco, pero olvidé el plato de lentejas—y Lorenzo echóse a reír.

—¿Y también a la No-Intervención?—repuso sonriente Flor.

—Esa diplomática señora la tengo atragantada. Me gustan las ironías en alta mar... No olvides que vamos en viaje transatlántico. ¿Subimos a respirar la brisa marina?

—Es mejor. Aquí el aire está viciado.

Dejaron la bodega. El mar estaba tranquilo. Azul y sol. Algunas nubes blancas. El peligro de ser apreados, sin duda, había pasado. Los fugitivos del «Cervantes» sonreían satisfechos acosando de preguntas al timonel. Aconteció que, un poco mas tarde, se reunieron dos barcos más al «Cervantes», también de fugitivos. Se cambiaron saludos y gritos de regocijo, puño en alto. Ahora, los tres barcos llevaban izada la bandera de la República. Luego, las embarcaciones, tomaron distinto rumbo.

En la bodega del barco se encontraron unas cajas que contenían botes de leche condensada y seguidamente se hizo una distribución equitativa entre todos. Lorenzo calculó que había en la embarcación más de treinta personas, quizás pasaba de cuarenta. Cada uno se arregló para practicar dos agujeros en la parte superior del bote y poder así absorber el espeso y delicioso líquido. Eran los únicos viveres. Y como todo el mundo sorbía, uno de los fugitivos, que ya se había hecho popular en cubierta y a quien llamaban «Lápiz», dijo en alta voz:

—¡Aquí todo quisque chupa del bote!

Hubo risas. Luego, «Lápiz» insistió:

—¡Eh, «Sardina», brindemos!

¿Y por quién?

—¡Por la «Gloriosa» y por Negrín!

Levantaron los botes de leche a la altura de la barbilla, sorbieron despues el líquido y luego los arrojaron vacíos al mar. Como permanecieron flotando en el agua, «Sardina» dijo a «Lápiz»:

—¡Mira, la escuadra inglesa!...

—¡Los barcos del «Control»!—respondió «Lápiz» ahuecando la voz.

—¡En misión de protección!...

—Pero navegamos bajo buen signo: Cervantes.

—¿Tendremos algo de Quijotes, «Lápiz»?

—Posiblemente, «Sardina». Pero también mucho de Sanchos...

Hubo risas de nuevo. Flor y Lorenzo también rieron. Des-

pués, lentamente, los dos avanzaron hacia la proa separándose de los demás, ella cogida a él. Lorenzo, con el rabillo del ojo, miró a Flor. Tenía los cabellos largos, en desorden y, en su rostro pálido, leíase una gran fatiga. Flor, indudablemente, era de una belleza exquisita.

Ella resbaló, y agarrándose fuertemente a Lorenzo, dijo con gracioso mohín:

—¡Ay, qué caigo!...

Lorenzo perdió igualmente el equilibrio y contestó destemillándose de risa:

—¡Somos verdaderos lobos marinos!...—y con su brazo, rodeó la cintura de Flor, sosteniéndose ambos.

Volvieron a reír. Después, se detuvieron mirando al mar, meciéndose en el cabeceo de proa; y Lorenzo, la mirada lejana, dijo:

—Los que somos de tierra adentro sentimos con emoción el misterio del mar. Mira como se rizan las aguas, mira ese constante movimiento de las olas, mira las aguas inmensas del Atlántico... Sus ondas misteriosas, dulcifican nuestra alma. Parece ser que hasta nuestros oídos llega el rumor de las civilizaciones que pasarán, de las generaciones que se sucedieron. Un día, toda la juventud de la tierra, sabrá mirar al mar...

Ella abrió los ojos y los fijó en los de Lorenzo. «Era una mirada suave, insondable, atractiva. Y aquellos ojos negros, llenos de fuego, proyectaron algo así como un destello que, en forma de reminiscencia, fué envolviendo el alma de Lorenzo hasta dejarla prisionera. Y olvidando todo, como soñando, dijo vehementemente:

—¡Flor, eres magnífica!

Pareció ella sorprendida y bajó los párpados. El vio sus largas y negras pestañas. Daban una expresión exquisita a su rostro. Sintió deseo de besar aquellas pestañas, y sin dejar su anterior vehemencia, agregó:

—¡Tus pestañas, Flor, son divinas!

—¿Declaración de amor?

—No sé...

—Dicen cosas bonitas los mineros... ¿Pues qué tienen mis pestañas?—y abrió ingenua los párpados.

Son negras, largas y finas; son dos sombras fatales en tu rostro. Cuando se cierran, dan la impresión de que tienen cerebro...

Calló Flor; Lorenzo la atrajo hacia él. Ella, mirando de soslayo, se desprendió con abandono de Lorenzo diciéndole:

Aquí, no... Toda la gente mira.

—No hagas caso. Nadie se fija. Nos toman por casados.

—Es que lo de anoche, ¿sabes?, no debiera ser un pretexto... Hoy soy otra.

—¿Otra?

—Sí. Déjame, Lorenzo, por favor. ¿No te enfadas?

—¿Yo?...

—No pongas esa cara; nos quedan dos noches...

—Dos **solamente**.

No se dijeron más. Permanecieron silenciosos viendo declinar la tarde. Rezagadas en cubierta, quedaban algunas personas de semblante preocupado. Ella rompió el mutismo, cogiendo del brazo a Lorenzo y diciéndole con voz melosa:

—Tengo frío. ¿Vamos abajo?...

—Bueno, como tú quieras.

AEP - CDHS
BARCELONA

—¡Francia!—, dijeron al unísono varias voces, y los fugitivos del Norte, desde la cubierta del «Cervantes», con gran júbilo, saludaron la costa francesa.

La mañana era brumosa y fría.

No tardó en aparecer una embarcación francesa que dirigió al «Cervantes» hacia el «estuaire» de la Gironde. Más tarde acostaba en el muelle de Pauillac. Lorenzo, vio anclado el «Mari-Elena» y otras pequeñas embarcaciones fugitivas, amarradas a lo largo del muro.

Frente a los barcos permanecían varios grupos de hombres que eran sin duda autoridades francesas, delegaciones políticas o sindicales, periodistas y fotógrafos. Entre estos grupos civiles, destacábanse aisladamente fuerzas del ejército francés y gendarmería.

Un poco después distribuyeron abundante pan y queso. Los fotógrafos dirigieron el objetivo sobre la cubierta del barco. Había rostros quemados por el sol y sucios, con barba de quince días, y habíalos macilentos, como martirizados; había también el rostro resignado de la mujer española que llevaba en su corazón los horrores de los bombardeos teutones; había jóvenes y viejos...

¡Caray!, si que comían aquellos españoles. ¡Y qué aspecto tan feroz tenían!

Si que tenían hambre los combatientes norteños; Lorenzo, pensó que eran muchos los días sin comer. Además, aquel pan blanco y esponjado hacía tiempo que no se veía; el de Asturias era negro, pastoso. A veces pesaba en el estómago como el plomo. Fuera de España, el pan era blanco; tampoco existía guerra ni se comía diez meses seguidos lentejas. ¡Si que estaba esponjado aquel pan! ¡Y aquellos enormes trozos de queso amarillo con corteza roja?... Daba satisfacción paladear todo aquello, después de tanta tragedia, con un epílogo de tres largas noches en el Atlántico, unos botes de leche condensada y más de cincuenta horas de mar... Era un cuadro digno de tener en cuenta sobre todo por ciertos Ministerios de Relaciones Exteriores.

Y los fotógrafos, cerrando un ojo, como si en ello hubiese una ironía, enfocaban el objetivo de su máquina hacia la cubierta del «Cervantes». ¡Extraña guerra la de España! ¡Curiosa guerra civil! El Norte, en manos de los «nacionales»; barcos de fugitivos republicanos en los puertos franceses. Había, evidentemente, sensacionales noticias para los grandes y pequeños rotativos. ¡Caray!, si que comían aquellos aparatos.

Por fin, se ordenó el desembarque e inmediatamente se realizó un desarme por las fuerzas de gendarmería, procediendo después los servicios de sanidad, a la aplicación de una vacuna a todo el personal. Luego todo el mundo se fué acomodando confortablemente en los vagones de un tren especial, al que dieron salida en dirección de la frontera española: Bordeaux-Toulouse-Cerbère.

—¡Tierras de Francia, Flor!—dijo Lorenzo ya el tren en marcha.

—Sí, tierras de Francia...—respondió ella, mirando a través del cristal de la ventanilla.

—Adolescente, me sentí atraído por este país; mi primer amor fué una francesa. Se llamaba Violette. Dejó España a principios del 31, poco antes del advenimiento de la República; su familia se instaló en Burdeos... Fué también un poeta francés quien me arrancó mis primeras lágrimas, esas lágrimas sinceras que salen de un alma conmovida y limpia, en los primeros balbuceos de la juventud...

—¿Quién es el poeta?—preguntó curiosa Flor.

—Victor Hugo.

Lorenzo se retrepó en el asiento y, cruzando las piernas, continuó:

—Conoci—a través de los libros, naturalmente— las jornadas del 14 de julio antes que la historia de nuestros Reyes... Como puedes ver soy un mal patriota, y no me avergüenzo... Pero sucede que los pueblos se levantan una vez cada cien o doscientos años; luego duermen, vegetan, no se acuerdan de que existen. Después de 1789, nada nuevo ha ocurrido en esta tierra admirable. Bueno, sí, existe otra fecha magnífica: marzo-mayo de 1871, la Comuna de París... A veces estas sacudidas sociales debieran sucederse más a menudo... Tú misma, Flor, ¿qué eras antes de nuestro 19 de Julio?

—Una muchacha sin horizontes que allá en Valdeiras dejaba pasar su juventud sin saber definir lo que quería.

—Hubo necesidad de esa sacudida, ese choque brutal si tú quieres fecundo, para que la realidad de las cosas te hiciera entrar en un mundo diferente. Y la definición, Flor, la encontraste en la acción; es ésta que te ha proyectado hacia la libertad como otras tantas personas...

—Empiezo a saber mirar al mar...

—El mar... Dolorosa odisea y deliciosa a la vez; el viaje por

agua ha terminado. Un poco decepcionados habrá que emprender otro...

—¿Por agua?

—No, por tierra.

Se miraron. Flor se recostó sobre el hombro de Lorenzo e hizo que dormía. Sin cambiar de posición ella, los ojos cerrados y muy bajo, preguntó:

—¿Guardas buenos recuerdos de tu primer amor?...

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Perdónome... Prefiero que no digas nada.

Con distintos pensamientos, los dos se durmieron e así llegaron a Cerbère, ya entrada la noche. Pasado el túnel que separa Francia y España, volvió a sentirse la realidad de la guerra. Los vagones confortables de la compañía ferroviaria francesa hubo que abandonarlos para subir en los vagones de mercancías españoles, en los que se efectuaban los transportes de tropas.

—El tren, lento y con mal carbón, llegó a Barcelona.

Una delegación hizo cargo de las mujeres para alojarlas en distintos refugios. A Flor, le habían asignado uno que llevaba el nombre de «Kropotkin», el gran anarquista ruso.

Se despidieron. Ella le estrechó la mano, diciéndole como un ruego:

—¡Ven mañana a verme! ¡No dejes de venir!

—¡Sí, mañana iré!...

¡Qué griterío! La gente estaba como loca, y Lorenzo, como abobado, siguió con la mirada a Flor, desapareciendo entre la multitud de viajeros que se apresuraban a dejar la estación.

AEP - CDHS

— III —

BARCELONA

«¡Sí, mañana iré!».

Pero en el refugio «Kropotkin» no la encontró al día siguiente, ni al otro... Nadie supo darle razón de una joven llamada Flor—«fina ella, de ojos y cabellos negros»—que había llegado el día anterior de Francia. Y pasaron los días; durante un mes la buscó por Barcelona, como un loco, preguntando a los refugiados del Norte, recorriendo restaurantes, colocándose en las entradas de los cines, frecuentando los cafés más céntricos. Como le indicaran que un café de las Ramblas, el «Moka», estaba concurrido por norteños, fué allí varias veces pero Lorenzo perdió completamente la esperanza de encontrarla.

Flor habíase eclipsado. ¿Dónde se encontraba Flor? ¿Dónde?...

Aún la veía salir entre la multitud de viajeros que, precipitadamente, buscaban la salida; volvió la cabeza y agitó la mano. No quería separarse, no **debió** separarse de ella. Ahora comprendía que le faltaba Flor. Erroñeamente la consideró en un principio una mujer fácil. Una de tantas, una cualquiera... Luego comprendió que Flor era un alma difícil de explorar, un alma de mujer delicada pero impenetrable, una mujer... Bueno, no sabía lo que decía. Sin saber cómo, se despertaba dentro de él una pasión fuerte, ciega, abrasadora; amaba con toda su alma a Flor y eso era todo... ¡Amaba!

¡Cómo se aferró a su brazo la noche de la huida!

¡Si apenas se fijó en ella! En la obscuridad, no pudo ni apreciar un rasgo de su rostro. Entonces, no pensó en nada. Consideró a Flor un compañero más de infortunio. Después, cuando bajaron a la bodega del «Cervantes», se acurrucaron en un rincón como pudieron, entre los fardos. Ella siguió agarrándose a él, nerviosa, cogiéndole las manos, palpándole el pecho y, gimiendo, rodeó con un brazo su cuello. Parecía ser que en la noche ciertos instintos se desarrollaban con más libertad, con más ímpetu tal vez, porque venían de otra noche misteriosa y lejana. Él, no quería, no; pero olvidó la tragedia, olvidó donde estaba y se echó sobre Flor, brutal, apretándola, mordiéndola en la boca... Fué una noche en que las pasiones no tuvieron freno. No podía desasirse de los brazos de Flor; quería y quería más... Y él, encontrándose débil, al final sintió como si le clavaran una aguja en la nuca y quedó rígido. —¿Qué te pasa? ¿No puedes?—le había dicho ella al oído con jaleo. Y él, en el mismo tono, le había contestado: —«He sentido como un alfilerazo en la nuca». Entonces, Flor, lo besó con labios fríos, le tomó la cabeza recostándola sobre su pecho palpitante y le acarició como a un niño. Le dolía enormemente la nuca; estaba extenuado de aquel combate erótico. Después se durmió...

«¡No dejes de venir!»

«¡Oh, Flor!...»

«No dejes de venir...»

«Cruzando las calles de Barcelona he sentido el cansancio, como he comido y aun voy caminando. Todo es gris en Barcelona: el cielo, las casas, las gentes que pasan, la guerra. Por las Ramblas he descendido hasta el puerto. Nada: todo gris. ¡Todo gris! Siento el beso de tus labios fríos y, en la nuca, un alfilerazo.»

Lorenzo comió en la tabernucha del puerto y, como otras tardes, se dirigió hacia las Ramblas. Empezaba a aburrirse en Barcelona. Sacó del bolsillo «Solidaridad Obrera», la desplegó y ojeó sus páginas, marchando a paso lento por la acera. Después, leyó el parte de guerra, sonrió y dobló de nuevo el periódico, metiéndole en el bolsillo de la gabardina. Aceleró el paso.

¡Je!, la guerra... El mundo contemplaba indiferente la sangría de España. Como en Pauillac los fotógrafos, también cerraba un ojo, enfocando el objetivo de la indiferencia. ¡Je!, la guerra... Aquí y acullá cerníanse los pájaros de mal agüero. España se convertía en un campo de experimentación, donde la Italia fascista, la Alemania hitleriana y otras potencias de la misma estructura que las anteriores, ensayaban despidadamente nuevas armas y nuevas tácticas guerreras. ¡Je!, la guerra... Esta, había servido para medir las convicciones de muchos hombres; unos, seguían manteniendo su fe en el ideal, firmes y seguros, al lado del pueblo. Otros, quedaban vacíos, hechos guñapos moralmente, alimentados por la ambición y el medro personal. Palidecía la guerra. Las jornadas de Julio, las heroicas jornadas del 19 de Julio, quedaban atrás, y la Revolución desviada de su curso, sentenciada por la diplomacia internacional, brillaba lejana como una remota estrella. Los revolucionarios sinceros veíanla partir con sufrimiento. Y a pesar de todo, él, creía ahora, más que nunca, en la Revolución. Los trabajadores españoles jalaban la ruta, enseñaban al mundo los caminos de la libertad; ya no existían utopías en el campo de las realizaciones sociales. Todo era posible. ¿Quién iba a desmentirte a él las experiencias vividas? ¿Quién?...

No, ya no existían utopías...

Comenzó a alargar el paso; necesitaba andar, cansarse. Más de tres meses llevaba en Barcelona sin hacer nada. Comía, visitaba algún cine y conversaba en el café con los amigos —tan pelafustanes como él— profetizando sobre la guerra. Algunos días iba al Tibidabo o a Montjuich. De sobra comprendía que todo aquello resultaba muy cómodo. Otros daban la vida en los frentes; hasta cierto punto se portaba como un cínico. **Un verdadero cínico.** Pero es que empezaba a estar asqueado. En retaguardia, veíanse muchos Sanchos... ¡Je! la guerra. ¿Cuándo y cómo terminaría?

En las Ramblas Lorenzo encendió un cigarrillo, subió el cuello de la gabardina y avanzó decidido en dirección de la Plaza de Cataluña. ¡Bah!, siempre las Ramblas. Se aburría en Barcelona, la dulce Barcelona, tantas veces temida y enlutada; sin ilusión, partiría para el frente.

Partiría para el frente...

¿Pero, quién le cogía por el brazo?

Lorenzo se detuvo volviendo la cabeza. Se estremeció, quedó perplejo, alelado: era Flor... era Flor... ¡Era Flor!

Fué ella quien le tendió la mano, diciéndole con gran alborozo:

—¿Cómo estás, Lorenzo? ¡Cuánto me alegro de encontrarte! ¿Pero... se te ha cortado el habla?...—y se echó a reír.

—¡Flor! ¿De dónde sales? ¡Tanto como te he buscado!...

—Te seguí desde Colón. Mira, vengo sofocada, pues apenas si podía seguirte. Y pensé: «Verás, verás que sorpresa voy a darte». ¡Y nunca se te ocurrió mirar hacia atrás!...

—¿Cómo has cambiado, Flor!—y Lorenzo la miró de pies a cabeza.

—¿Sí?... Díme, ¿cómo me encuentras?

La volvió a mirar con éxtasis; estaba envuelta en un elegante abrigo gris y exhalaba un penetrante perfume. Tal vez excesivamente pintada. La miró en los ojos. Había en ellos una chispita de alegría. Las pestañas eran las mismas: hablaban al espíritu... Su mirada, ávida, descendió como una caricia aérea hasta los labios entreabiertos; se le antojaron un óvalo de sangre, una eclipse de fuego. Toda la expresión del rostro de Flor, estaba allí, en aquella boca enrojecida, fruta apetitosa que incitaba a morder. Aquellos labios se movieron, y Lorenzo, como hipnotizado, deslumbrado, contestó sin pestañear:

—¡Estás hermosa!

La tomó de las manos y la atrajo hacia sí con sed abrasadora. Pero Flor desprendiéndose suavemente de Lorenzo, rechazó persuasiva:

—No, eso nó... Después que nos hemos separado las cosas han cambiado, Lorenzo.

El tuvo una sensación de frío, y retirando las manos sorprendido, preguntó:

—¿Qué ha cambiado, Flor?

—Es que...

—Anda, termina.

—Me he casado.

Lorenzo sintió un desfallecimiento íntimo, como si su alma se desgarrara y, cabizbajo, inmóvil, con voz velada por la emoción, insinuó:

—¿Te has casado?

—Sí, no hace un mes—y Flor bajó la cabeza.

—Y... ¿le quieres?

—Sí, le quiero.

—¿Eres feliz?

—Lo soy, Lorenzo, lo soy. Es un buen muchacho, ¿sabes? Conocí a su madre en el refugio. Es una viuda de guerra, y él pasó allí una temporada con nosotras. Vino a Barcelona cuando la evacuación de Santander. Las cosas sucedieron en una semana y pocos días después decidimos unirnos... Es un excelente chico. ¡Si vieras que bueno es! Hace ocho días que partió para Valencia, pues ha quedado incorporado al ejército de Levante; es teniente. Ayer recibí carta de él y me dice que aún no sabe a que unidad quedará afectado. Es de Avilés...

—¿Joven?...

—De tu edad, de tu estatura y hasta se parece algo a ti...

Lorenzo no contestó y arrugó la frente. Los dos echaron a andar. El comenzó a adquirir dominio de sí mismo; como en la cubierta del «Cervantes» la miró con el raballo del ojo. No se atrevía a mirarla de frente, no «debía» ni le «pertenece» el

mirarla. «Me he casado». ¡Pues si qué se había casado pronto! Pero cómo podía haber olvidado **todo aquello?**... ¿Cómo? No acertaba a comprender a Flor. ¿Y aquella pasión de la noche del barco? ¿Y después?... Porque apasionada se le entregó, apasionada y con locura. ¡Es qué era suficiente **tres meses** para olvidarlo **todo**? Nó, lo que ocurría es que ahora jugaba a la digna; se escudaba en el amor de esposa queriendo olvidar que había sido de él. ¡De él, sí, de él! ¡Ah! todas eran igual. Todas. Ganas le daban de abofetearla. ¡Y qué cara resignada ponía la niña!... Cualquiera diría que no era capaz de romper un plato. —«¡Si vieras que bueno es!», ¡Y a él por qué le contaba eso? ¡Qué se las entendiera con su teniente!

Bueno, ¡por qué se violentaba contra sí mismo? Tal vez era injusto con Flor. En la vida sucedían cosas raras. Muy raras. Después de todo, ¿qué derecho tenía sobre aquella mujer? Vamos a ver, ¿qué derecho?... Evidentemente ninguno. Y sin embargo, le quemaba la sangre el ir al lado de ella; la quería, amaba a Flor con todas sus fuerzas. Mas Flor estaba distante; iba allí, a su lado, blanda, como culpable de algo y no decía una palabra. ¡Oh! belleza cruel... Aquellos largos y negros cabellos los había acariciado el «otro», ella toda se había estremecido entre los brazos del «otro»... bajo el fuego de los besos y las acometidas torpes de «su excelente chico».

Flor, comprendiendo la tragedia íntima de Lorenzo, fué la primera en romper el silencio y dijo con actitud serena:

—¿Me guardas rencor?

—¿Rencor?... ¡No sé por qué!

—No te pongas así, Lorenzo. Mira, hasta la gente nos observa. Te debo mucho y quisiera hacerte comprender el gran afecto de hermana que en este momento siento por ti. No puedo quererte de otra manera. Lo **otro**, fué un accidente efímero y nada más. Debemos ser sinceros; así, los caminos se deslindan. ¿Permitirías que me encadenara a ti, fingiendo un amor que no siento? ¡Tú mismo lo rechazarías! La verdad es que tu actitud no corresponde a la de un hombre que se llama... **idealista**.

Lorenzo se mordió el labio inferior, detuvo a Flor y mirándola fijamente dijo con algo de amargura:

—Tienes razón, Flor. Me estoy portando contigo como un verdadero bruto. Y es a este bruto que hay aquí dentro— y se golpeó con la mano en el pecho—que voy a vencer hoy. Seamos sinceros. A veces...

—¿Qué íbas a decir?

—La sinceridad, mata; otras veces te cubre de ridículo... Siempre que quise ser sincero se rieron de mí. Pero seré sincero con la sonrisa en los labios, con alegría...

—¡Hablas de la alegría de una forma tan rara! Sé que sufres, Lorenzo.

—¿Lo sabes?

—Sí; pero no puedo hacer nada por tu sufrimiento...

—Me gusta la franqueza; es la única forma de que no existan malentendidos. Sin embargo, el día que nos separamos en la estación tuve una esperanza. Me dije: «Ven mañana a verme!». Y a la mañana siguiente fui al refugio «Kropotkin» y no te encontré...

¿Cómo ibas a encontrarme?... El mismo día que llegamos a Barcelona nos trasladaron a Moyá, un pueblo que está a una hora de autobús... Nos alojaron en un refugio de mujeres, un enorme edificio que con anterioridad al 19 de Julio fue un convento de frailes. Es en Moyá, que... conocí a Victor, mi... mi marido. No contaba con medios en los primeros días para venir a Barcelona; pero cuando me fué posible vine aquí con la intención de verte.

—¿De verme?

—Sí, de verte; tenía necesidad de confiarme a tí, de pedirte consejos. ¿Quién mejor que tú? Una vez aquí me personé en el Comité Regional de la C.N.T.-F.A.I., vía Durruti; me indicaron que allí podría encontrarte... Te lo dije antes Lorenzo: siento por tí un gran afecto de hermana; te quiero así y no de otra manera. Tú has sido un buen amigo que en los momentos difíciles supiste alentarme, de lo que estoy profundamente reconocida, no sé como explicarme...

—Dejemos eso, Flor. Las cosas sucedieron así; no caben las justificaciones, y además, es verdad, no tengo derecho a pedir las.

—Eres injusto; por favor, sé un poquito razonable.

—Lo seré, Flor, lo seré... Pero tú, debieras ser un poco comprensiva. ¿Quieres qué entremos ahí?

—¿Dónde?

—Al «Moka». Tomaremos un café. ¿Te es igual?

—Como quieras. Además, lo deseo.

Abandonaron las Ramblas y los dos se dirigieron hacia el «Moka». Dentro la temperatura era agradable; estaba el aire cargado de humo y se oía un ruido confuso de voces, el continuo chocar de vasos, cucharillas y tazas. Avanzaron hasta el fondo del café donde encontraron una mesa vacía y tomaron asiento sobre dos sillas rojas, colocándose frente a frente.

Ella dejó sobre la mesa un bolsillo de cuero negro y se cogió las manos. Seguidamente, el camarero les sirvió café. Lorenzo sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Flor. Ella lo rechazó, y Lorenzo encendió el suyo con lentitud; después sopió la cerilla, como meditando. Flor tomó la cucharilla, y él le detuvo la mano diciendo:

—Espera, no eches azúcarina.

Lorenzo, sacó del bolsillo unos terrones de azúcar envueltos en un papel, y cogiendo uno, levantó la mano sobre la taza de Flor, añadiendo:

—¿Cuántos quieres?

—Dos... Me gusta dulce.

Lorenzo dejó caer un terrón; después cogió otro y repitió la misma acción; en su taza solamente metió uno y dijo:

—A mí amargo...

Ella comenzó a dar vueltas con la cucharilla al negro líquido. Lorenzo se fijó en aquella mano blanca, fina y delicada. El asa de la taza le aprisionaban el índice y el pulgar; los otros tres dedos, se abrieron en abanico. Eran unos dedos largos y finos, con uñas pintadas de rojo y cortadas en punta; aquellas uñas tenían la línea de una bala de fusil. Lorenzo, sin dejar de mirar la mano de Flor, añadió:

—Decías antes que debíamos ser sinceros.

—Sí; lo dije.

—Flor levantó la taza y llevándosela a los labios comenzó a beber el café a pequeños sorbos.

—Flor...

—¿Qué?

—¿Me amas?

Lorenzo vio descender la mano nerviosa de Flor, que dejó caer la taza sobre el platillo. Ella calló; cerró los párpados. Él insistió:

—¿Me amas?

—No, Lorenzo; ya te dije antes...

—Lo esperaba—dijo él, sin dejar a Flor terminar de hablar—pero es que eso, dicho así por tus labios, produce en mí una reacción distinta que si lo imaginara. ¡Si supieras Flor, si supieras!... Es cruel esto de la sinceridad pero la prefiero a la mentira. Mira, ¿ves?, yo sé que en este momento estoy pálido, que todo mi ser está invadido por una horrible angustia; yo no sé que puede haber en mi sangre y por qué el corazón acelera sus palpitaciones, pero en este instante se produce en mí algo así como un doloroso desgarramiento íntimo, una inmensa congoja moral, en la que el alma, muy sola, muy triste, solloza... Ya, ves Flor, en mis labios asoma la sonrisa y aún me quedan fuerzas para decirte lo mucho que te quiero... Sin embargo, soy incapaz de duplicarte amor; te quiero así, sacudido por una tempestad interna, quemándome, pero sin ruegos.

—Comprendo ese batalla íntima que en estos momentos libras. ¡Pero, que harías tú, si te encontraras en mi lugar?... ¡Oh, Lorenzo, yo no sé que decirte! ¡Es para volverse local!... ¿Qué quieres que haga, dime, qué quieres que haga? Yo..., no sé... Eso te pasará... ¡Si que te pasará, Lorenzo!

—Vaya, no te pongas así; limpia esas lágrimas, Flor... Tienes razón, esta nubecilla me pasará. Escucha, sólo quisiera pedirte una cosa. Es infantil, si tú quieres, pero la necesito para la tranquilidad de mi alma. ¿No pensaste nunca en tu vida cosas feas?... Yo creo que existe un momento en que todo el mundo las piensa; pues bien: yo las he pensado de tí injustamente. Lo que quería pedirte era eso, perdón... ¿Me perdonas?

—Con toda mi alma.

AEP - CDHS
BARCELONA

—Gracias, Flor. Y ya que estamos en la senda de la sinceridad, quisiera decirte también que he meditado mucho sobre la noche en la bodega del barco y de nuestras conversaciones en el «Cervantes». ¿Por qué me dijiste que no había sido «intencionado»? ¿Por qué en cubierta te sentiste «otra»?

—Tú lo sabes; en el fondo, Lorenzo, me acusas. Tratas de herirme recordándome un acto que cometí sin saber qué hacía, ajeno a mi conciencia; fué un fenómeno extraño. Entonces me dijiste que no eran momentos de medir aquella especie de responsabilidad moral, y a mí me pareció que aquella comprensión tuya me absolvía de un acto malo que no quisiera cometer. Tú mismo no le diste importancia, y empecé a recobrar... Por eso me sentí «otra».

—Ni te acuso ni pretendo herirte; mírame en los ojos. Ellos están limpios de intenciones morbosas. Pero, oye Flor, ¿es qué una mujer puede darse a un hombre tal como tú lo has hecho?...

—Debías ahorrarte la pregunta. ¿Es qué merece contestarla? Tenía un miedo espantoso, Lorenzo; un miedo espantoso. ¡Sí es inexplicable! Tú eras más fuerte. Luego, en la bodega, nació algo turbio en las pasiones, que se agilaban como las aguas del Atlántico... Y como raptada por un instinto del mal, me pareció que la vida se me iba, se me escapaba de las manos, y ese mismo instinto me incitaba tentador a aprovechar los últimos minutos hasta agotar el placer, todo, todo el placer... Entonces, el deseo me convirtió en una fiera o algo parecido... Al día siguiente, cuando subimos a cubierta, sentí vergüenza; hasta pensé en ello con cierta repugnancia; fué una entrega inconsciente. Fuiste tú, pudo haber sido otro...

—Creo que todo nos lo hemos dicho y debemos terminar aquí. Me encantan las despedidas raras, por no decir las originales. De niño siempre oí decir que yo era un chico raro; me parece que continué siéndolo y sólo me queda un ruego... también raro.

—¿Cuál?

—Quiero que me dejes solo; quiero verte **partir**...

Como tú quieras. Guardo gratos recuerdos de tí, Lorenzo; debiéramos separarnos como buenos amigos. ¡Te debo tanto! Tú me enseñaste a pensar y a mirar al mar...

Flor se levantó y tomando el bolsillo de cuero de la mesa añadió sincera:

—Hemos sido como dos viajeros que intiman, y que al final de un viaje se separan con pena—y le tendió la mano.

Lorenzo la retuvo; húmedos los ojos y sonriendo, respondió:

—Sí, pero tú al terminar el recorrido te sientes feliz; hallaste lo que querías. Yo lo termino solo y...

Ella lo miró compasiva; después se acercó a él y lo besó en la mejilla. El sintió el aliento que le quemaba y se estremeció. Permaneció sentado y ella, retirando la mano, dijo como despedida:

—Adiós, Lorenzo.

—Adiós, Flor.

Y con ligero taconeó salió precipitadamente, dejando impregnada la onda atmosférica de un penetrante perfume.

Lorenzo la siguió con la mirada hasta perderla de vista. «Me tiene compasión»—se dijo. Llamó al camarero y pagó; el café estaba en la taza. No lo había probado. Se levantó. Se asfixiaba allí, necesitaba aire. Salió y tomó dirección contraria a la de Flor. Quería llorar, sentía ganas de llorar. ¿Qué los hombres no lloran?... ¡También lloran los hombres! Una vez leyó en algunas parte que toda la belleza venía del corazón. Era verdad; su corazón debía estar muy triste, porque en aquellos instantes nada encontraba bello...

Seguía Ramblas arriba; por todas partes, en todas direcciones transitaba un mar de gente. Iban de un lado a otro, cada uno con dirección fija, llevando dentro de sí mundos distintos. Todos parecían felices, y sin embargo, todos también iban movidos por hilillos instintivos contra los que, a veces, nada podía la razón. Allí estaba la verdadera tragedia humana; allí se escondía la verdad...

El, ahora, oía una voz lejana, un grito primitivo que quería apoderarse de su voluntad. Pero se negaba a escuchar aquella voz; sentía deseos de vivir y mirar al sol, aquel «viejo» sol de febrero, al que tantas generaciones saludaron cada mañana, esperando sus rayos bienhechores...

Mañana partiría para el frente.

Toulouse, Abril, 1953.

AEP - CDHS
BARCELONA

El Servicio de Librería de la F.I.J.L. dispone de un buen surtido de libros : biografías, obras sociales, novelas, diccionarios, lecturas para la juventud, etc.

Venta sobre pedido expreso a precios módicos. Consultad al efecto las relaciones insertadas periódicamente en «CNT» y en «Nueva Senda» (Boletín Interior de la F.I.J.L.).

Pedidos a Servicio de Librería de la F.I.J.L., 4, rue de Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



LEED Y PROPAGAD LAS PUBLICACIONES LIBERTARIAS:

«GENIT»

«CNT»

«SOLIDARIDAD OBRERA»

«SUPLEMENTO LITERARIO»